

Primera parte

Mi corazón en la maleta

Dedico este libro a mis hijos.



I

La chica de la cuarta fila

El concierto empezaba a las nueve. Ella llegaba del trabajo. Nerviosa, se cambió de ropa de prisa.

Llegó al salón donde aquella noche debutaba como pianista su gran amigo.

Se sentó discretamente en la cuarta fila del patio de butacas, desde donde vería con más cercanía aquella actuación que tanto soñaron juntos.

El salón empezó a llenarse. Elegantes señoras ocupaban los palcos con sus distinguidas parejas. Un murmullo entre silencioso y alborotado iba llenando la sala. Sonó un timbre. Una voz cálida anunciaba que en breves momentos daría comienzo la función, a la vez que rogaba: «Apaguen los móviles, por favor».

Se apagaron las luces. Lentamente, el telón empezaba a subir; en el escenario, muy iluminado, aparecía un hermoso piano con el taburete esperando a tan deseado concertista. Apareció elegantemente vestido con traje de gala, y cogiendo de la mano a una joven y hermosa soprano, su querido pianista.

La chica escuchaba —entre sorprendida y emocionada— aquel aplauso que dedicaban a su amigo, por el que tanto luchó para alcanzar este momento que ella sabía iba a lograr.

El pianista se sentó; la soprano, de pie, esperaba el momento de su actuación. Todo era resplandeciente y hermoso.

La chica miraba de reojo los palcos, y el patio de butacas donde silenciosamente se acomodó. Se fijó en su ceñido pantalón vaquero, que desentonaba con la seda de la señora que tenía a su lado.

Miró las ágiles manos de su amigo que, sonriente, miraba a la hermosa soprano.

Agachó la cabeza para mirar la camiseta blanca que ella llevaba puesta.

Un fuerte latido se escapó de su corazón: en ella, y en grandes letras, dos nombres entrelazados —*Silvia y Raúl*—, con la promesa de amor que entre los dos había.

El concierto terminó; reverencias al público que —puesto en pie— no dejaba de aplaudir. Músico y soprano, cogidos de la mano, desaparecieron del escenario.

Los rezagados quedaban por allí, esperando la salida del pianista para saludarle; grandes alabanzas y felicitaciones.

Silvia andaba perdida entre la gente; todo era nuevo para ella y casi le parecía un poco cursi y relamido.

El salón empezó a desalojarse; ella esperaba en la puerta la salida de Raúl, como tenían acordado. A los pocos

minutos le vio salir, ya sin el traje que lució en el escenario. Se abrazaron emocionados, y muy apretados del brazo se dirigieron a un bar en donde unos amigos les esperaban.

Pasaron horas cogidos de la mano, mientras Raúl recibía felicitaciones y abrazos.

Al día siguiente toda la prensa hacía grandes elogios del estreno de un nuevo pianista que emocionó al público. Los dos leían las opiniones de críticos y periodistas, que coincidían en el gran talento musical de un joven hasta ahora desconocido.

No transcurrieron dos semanas cuando a Raúl le empezaron a llover contratos. No se lo creían, pero sí se consideraban los seres más felices de la Tierra. Silvia era feliz a su lado, pero pensaba que se tenían que separar.

Poco tiempo después, Raúl ya era famoso. Daba conciertos por diferentes países. El trabajo y el éxito le fueron alejando de Silvia, que todos los días esperaba una llamada, una muestra de aquel cariño que le prometía en los difíciles momentos de su separación.

Pasaban días, meses, y Raúl no daba señales de vida. Una gran depresión se apoderó de Silvia; no podía admitir que el hombre por el que tanto luchó la hubiese olvidado por un puñado de aplausos.

Cada día que pasaba se sentía más triste, los sueños se diluían, las ilusiones se evaporaban. La traición de la vida para con ella le oprimía el corazón de tal forma que

fue víctima de una grave enfermedad. Se refugió en la soledad, abandonó el trabajo, los amigos, la vida social, y se envolvió en el recuerdo.

Pasaba los días aferrada a esa camiseta que la unía, con grandes letras, al hombre que tanto amaba.

Una noche le despertó el teléfono. Saltó apresuradamente de la cama. Una voz seca le comunicaba que Raúl, el gran pianista, había sufrido un accidente, y le traían en estado grave.

Desesperada y llorando, no sabía qué hacer. Poco a poco fue reaccionando: se limpió las lágrimas, cogió el teléfono y, llamando uno a uno a sus amigos, pudo saber dónde se encontraba Raúl. Le informaron de que estaba en el hospital, pero que le sería muy difícil verle debido a su extrema gravedad.

Silvia no atendió a esas recomendaciones y, con su ceñido pantalón vaquero, corrió para intentar verle, aferrada a la esperanza de que no fuera tan grave.

Llegó al hospital, y rápidamente le informaron del grave estado de su amigo que, además, no tenía familiares. Solo ella podría acompañarle.

Pasó horas angustiosas sentada en aquella fría sala, esperando noticias del estado de Raúl.

Vio llegar a una pareja en un momento en el que ella salía a despedirse por aquellos enormes pasillos. Cuando regresó, los dos hablaban en voz baja, y reconoció a la hermosa soprano que actuó en el debut de Raúl.

Se sentó discretamente cerca de ellos, y observó muy en silencio sus comentarios.

Un médico con ropa de quirófano entró en la sala preguntando por Silvia. Esta se levantó deprisa y se acercó a él.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó, ansiosa.

Él la informó del grave estado en que se encontraba Raúl, a la vez que le apretaba el hombro para animarla.

Se sentó con la cabeza entre las manos mientras la pareja a la que había reconocido abandonaba silenciosamente la sala.

Así pasó Silvia toda la noche, esperando con ansiedad alguna noticia. La sala se llenaba poco a poco de caras tristes. El silencio, la angustia y el dolor paraban la respiración.

Muy avanzada la noche, unos pasos ligeros rompían el silencio por el pasillo. Una enfermera entró muy apresurada en la sala; no miró a nadie y se limitó a decir: «Familiares de Raúl».

Silvia saltó de su asiento:

—Soy yo.

—Acompáñeme —dijo la enfermera. Las dos salieron de la sala.

Llegaron a una estancia fría, silenciosa, separada con pesadas cortinas, donde solo se leía: *UCI*. La enfermera le indicó que podía pasar.

Silvia, al pie de la cama, no podía creer lo que estaba viendo: a los médicos manipulando una serie de

tubos y cables que rodeaban el cuerpo inmóvil y desfigurado de Raúl.

Uno de los médicos se acercó a ella y, en voz baja y tono cariñoso, le habló de la extrema gravedad en la que se encontraba Raúl.

—Puede quedarse con él y, si nota algo, llame enseguida al timbre.

Los médicos salieron. Ella se acercó a la cama ansiosamente, cogió la mano fría de Raúl, la besó una y otra vez, acercó su cara a la suya. Las lágrimas mojaron su rostro, los tubos le impedían besarle como ella deseaba.

Le hablaba y hablaba, a la vez que acariciaba su brillante y hermoso pelo.

Sentía el débil latido de su corazón. Acariciaba el cuerpo inmóvil de Raúl. Se sentía hundida en aquella habitación blanca.

Miró por una gran ventana, desde donde se veía la bulliciosa vida de la calle, mientras la suya se desangraba gota a gota ante la imagen de la negra sombra que el implacable destino puso ante ella.

Un leve movimiento en la mano de Raúl le hizo pensar que quería decir algo. Apretada al lado de su almohada, le hablaba en voz baja.

—Raúl, estoy contigo... no me separaré de tu lado, eres el único amor de mi vida, te quise siempre, te quiero, te quiero... —repetía entre lágrimas y sollozos.